



*Signo naranja lateral*

Acrílico sobre lienzo

1.70 x 1.40 m.

1984

Colección del Artista

# **E S T U D I O S INTERDISCIPLINARIOS**

- El perfil cultural de la institución universitaria.  
Su compromiso con la verdad.



# EL PERFIL CULTURAL DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA. SU COMPROMISO CON LA VERDAD

Manuel Pareja Ortiz

**Summary:** People of the XXI century have an urgent need to find a new humanism, different from the non-transcendent humanism spread out during the last century with negative consequences.

Facing this challenge, the university has an important role, since being called to take a first-line place in culture development, it has the obligation to offer the world that new humanism which it claims for, keeping doors open to the truth about man, searching for that truth, and spreading it around.

That open-minded attitude, search and diffusion of the truth about man, demands the open-minded attitude, search and diffusion of the truth about God and the created world, to avoid going back to the non-transcendent humanism prevailing during last century.

Only a transcendent humanism, a humanism which takes into account that the origin and destiny of man are in God, will be the right answer to the new humanism the world claims for.

**Key words:** Culture, Humanism, Transcendancy, University, Truth.

**Résumé:** L'humanité du XXI<sup>e</sup> siècle a un urgent besoin de trouver un nouvel humanisme, différent de l'humanisme dépourvu de transcendance diffusé tout au long du XX<sup>e</sup> siècle et dont les conséquences ont été funestes.

Face à ce défi, l'université joue un rôle de prime importance car, appelée à constituer une place de choix dans le cadre du développement de la culture, elle se doit d'offrir au monde ce nouvel humanisme qu'il réclame tout en restant ouverte à la vérité sur l'homme et en cherchant et diffusant la vérité sur ce dernier.

Cette acceptation, cette quête et cette diffusion de la vérité sur l'homme impliquent une acceptation, une quête et une diffusion de la vérité sur Dieu et le monde créé afin de ne pas sombrer dans l'humanisme non-transcendant du XX<sup>e</sup> siècle. Seul un humanisme transcendant, un humanisme tenant en compte le fait que l'origine et le destin de l'homme se retrouvent en Dieu, est susceptible de constituer la réponse adéquate au nouvel humanisme que réclame le monde.

**Mots clés:** Culture, humanisme, transcendance, université, vérité

**E**l título de esta intervención corresponde a uno de los apartados del documento *La Universidad por un nuevo humanismo*, elaborado para la preparación del reciente Jubileo de las Universidades, convocado por el Santo Padre Juan Pablo II el pasado mes de septiembre en Roma, y al que nos unimos con este foro.

Antes de adentrarme en el tema propio de esta charla, querría que nos detuviésemos brevemente en el título del documento, porque enmarca las ideas que desarrollaré más adelante. El título del documento dice así: *La Universidad por un nuevo humanismo*. Querría que nos planteásemos dos preguntas: ¿Por qué la búsqueda de un nuevo humanismo? ¿Por qué la Universidad debe ser medio para buscar ese nuevo humanismo?

## 1.

### ¿POR QUÉ LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO HUMANISMO?

Ante la primera cuestión –¿por qué la búsqueda de un nuevo humanismo? –, me gustaría que echásemos una mirada a dos secuencias de imágenes: la primera corresponde a las celebraciones que se llevaron a cabo en distintas partes del mundo el pasado 31 de diciembre, con motivo del comienzo de un nuevo siglo y un nuevo milenio; la segunda, recoge algunos hechos, personajes y cosas del siglo XX.

Después de contemplar estas imágenes, podemos preguntarnos: ¿por qué acogimos el cambio de año, de siglo y de milenio en todo el mun-

do con tantas manifestaciones de júbilo? ¿Simplemente porque el cambio es el cambio, y en el cambio está la felicidad?; ¿o porque estábamos ansiosos de abandonar un siglo XX lleno de grandes adelantos técnicos y científicos, de grandes mejoras en las condiciones de vida, de gran expansión de la educación y la enseñanza, de grandes apologías a la libertad y a los derechos humanos, pero ensombrecido por innumerables guerras, entre las que destacarán las dos guerras mundiales con su saldo de más de sesenta y ocho millones de vidas; por genocidios impensables, por desplazamientos de centenas de millones de personas como consecuencia de la violencia en distintas partes del mundo, por la supresión de la libertad y el atropello de los derechos humanos de cientos de millones de personas bajo regímenes políticos autoritarios?; ¿o porque con el nuevo siglo se abre una nueva etapa para la humanidad?

Quizá el motivo de la alegría de esa noche –reflejada en la abundancia de luces y fuegos artificiales– estuviese en esas tres razones: la idea, tan difundida en nuestro modo de pensar y actuar –quizá un poco superficial–, que equipara cambio con novedad, y novedad con felicidad; el deseo de dejar atrás un siglo que, en buena medida, queríamos olvidar, y la esperanza de una nueva etapa de la historia de la humanidad que puede suponer el inicio de un siglo y un milenio.

Pero, siguiendo con las preguntas, nos podemos plantear: ¿por qué muchos quieren olvidar el siglo XX? La respuesta podría ser del siguiente tenor: porque el siglo xx ha sido el siglo más brutal de la historia de la humanidad; y no le faltaría razón a quien afirmara esto.

Podríamos seguir preguntándonos: ¿por qué se podría decir que el siglo XX ha sido el siglo más brutal de la Historia? o, mitigando un poco la pregunta: ¿por qué encontramos unos contrastes tan poderosos en el siglo XX: grandes avances en unos campos del quehacer humano y grandes retrocesos en otros?

Quizá una posible respuesta la encontremos en una imagen que aparece en un juego interactivo de una enciclopedia multimedia. El juego presenta en desorden una serie de esculturas representativas de distintas épocas artísticas de la historia, y uno debe colocarlas en orden cronológico, de acuerdo con la época correspondiente.

Cuando terminé de colocar las esculturas, me llamó poderosamente la atención cierta semejanza entre la primera y la última esculturas. La primera corresponde a la Venus de Willendorf, una escultura neolítica fechada hacia el año 10.000 a. C.; la última, a una escultura de Henry Moore, del siglo XX: en las dos, el rostro aparece desdibujado, diferenciándose claramente de las otras esculturas, en las que el rostro está bien delineado.

Me parece que, en ese rostro desdibujado del hombre del siglo XX, que se asemeja al rostro desdibujado de la diosa neolítica, podríamos encontrar una de las causas de esos contrastes tan fuertes del siglo xx: se nos ha desdibujado el sentido de lo que es la persona humana, hemos perdido el sentido del valor de la vida humana, se nos ha desdibujado lo que es la dignidad de la persona humana.

En esta línea de ideas, recuerdo algo que me sucedió a finales de enero o a comienzos de febrero de 1994. Mi primera clase de Historia Contemporánea en esta universidad. Ese día les presenté a los alumnos de primer semestre de Comunicación Social un cuestionario, para conocer cómo eran sus conocimientos de historia. La última pregunta del cuestionario era algo así como: ¿considera importante para un alumno

de Comunicación Social estudiar historia? Para que la respuesta tuviese consistencia, pedía que explicasen el motivo o los motivos de su afirmación o de su negativa. Hubo una respuesta que me llamó la atención y me hizo pensar. Escribía un alumno: “la historia es importante porque nos enseña qué somos, de dónde venimos y para dónde vamos”.

Quizá por ahí ande uno de los motivos del título de este documento: *La Universidad por un nuevo humanismo*; porque me parece que, en buena medida, el hombre y la mujer del siglo XXI hemos perdido de vista quién es el hombre, cuál es su origen, cuál es el sentido de su vida; y urge encontrar soluciones auténticas, convincentes, a estas preguntas existenciales, para evitar que el nuevo siglo y el nuevo milenio queden oscurecidos como ha sucedido en el siglo XX, el siglo más brutal de la historia de la humanidad.

Cabría preguntarse entonces: ¿por qué se ha desdibujado el rostro humano del siglo XX? ¿Por qué un siglo en el que el hombre ha estado en el centro de todo ha sido un siglo tan inhumano? En últimas podríamos responder: porque el hombre se ha apartado de Dios; ha roto o, mejor, ha querido romper los lazos que lo unen a Él, y se ha quedado solo. Por eso considero tan acertado el título del documento que estamos estudiando en este Foro universitario: *La universidad por un nuevo humanismo. El mundo tiene urgente necesidad de encontrar un nuevo humanismo*, que le permita recuperar la dignidad de la persona humana.

## 2.

### **¿POR QUÉ DEBE LA UNIVERSIDAD SER MEDIO PARA BUSCAR ESE NUEVO HUMANISMO?**

La segunda cuestión que nos habíamos planteado sobre el título de este documento era:

¿por qué la Universidad debe ser medio para buscar ese nuevo humanismo?

Y esta pregunta me trae otro recuerdo vivido y vivido en esta universidad. Un buen día me encontraba solo trabajando en la sala de profesores al final de la tarde, y llegó otro profesor, que recién salía de clase. Se le veía cansado, y se lo comenté. Su respuesta comenzó con un “estoy a punto de tirar la toalla”. Me contó cómo, durante la clase que acababa de terminar, algunos alumnos se habían salido del salón o habían girado sus sillas para darle la espalda, mostrando su desacuerdo con los planteamientos del profesor, que trataba de explicarles, con todo rigor científico, cómo la sexualidad está encaminada al don de la vida, y el derecho que tiene una vida humana recién concebida a continuar su desarrollo como persona.

Traté de animarlo haciéndole ver cómo seguramente esas razones habrían calado en la inteligencia de muchos otros de sus alumnos y cómo, cuando se convirtieran en profesionales, les permitirían tener razones firmes para defender, entre otras cosas, el primer derecho de cualquier ser humano: el derecho a la vida.

La historia no terminó ahí. Días después, encontrándonos los dos en la misma sala de profesores al final de la jornada laboral, lo vi regresar feliz, y sin que le preguntase, me dijo más o menos estas palabras: “¿sabes que los alumnos que más se opusieron a los planteamientos de la clase de marras vinieron hoy para decirme que se habían quedado pensando en los argumentos que les daba, y habían llegado a la conclusión de que tenía razón?”.

Traigo a colación esta anécdota, porque la universidad y el mundo universitario constituyen uno de los centros más importantes de influencia cultural que existen. Sabemos que los tres poderes que Montesquieu difundió a comienzos del siglo XVIII –el poder legislativo, el

ejecutivo y el judicial– influyen en la vida cultural; los medios de comunicación –el cuarto poder–.

Hemos visto cómo han realizado en el siglo XX y realizan hoy un papel de primera magnitud en la sociedad. Pero quizá nosotros, hombres y mujeres de la Academia, no calibramos suficientemente el poder que tenemos entre manos: el que confieren la búsqueda de la verdad y la transmisión del conocimiento de esa verdad a miles de universitarios, que se constituirán más adelante en protagonistas de la vida civil, política, económica, artística e intelectual de la sociedad colombiana.

Me viene a la memoria otro recuerdo. Éste tiene que ver con una película sobre el problema de *apartheid* en Sudáfrica. Creo que el título de la película es *El poder de uno*. Narra cómo un maestro de secundaria, para luchar contra el *apartheid*, se dedica a enseñarles inglés a varias personas de color, en contra de las leyes de segregación racial, que prohibían la enseñanza de ese idioma entre la población negra, para evitar que tuvieran acceso a las fuentes de la cultura anglosajona. El protagonista, jugándose, si no la vida, sí unos cuantos años de cárcel, sabía que enseñándoles inglés a esas personas, éstas se convertirían en multiplicadores de sus enseñanzas, porque les enseñarían inglés a otras, y así tendrían acceso a los libros y, por tanto, a la cultura; la cultura los llevaría a la verdad, y la verdad a la libertad.

La Universidad, a la que podríamos llamar el *quinto poder*, mantiene un protagonismo notable en el ámbito de la cultura. La Universidad y, de modo más amplio, la cultura universitaria constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales y profundas transformaciones culturales, de consecuencias desconcertantes, y se suscitan nuevos desafíos<sup>1</sup>.

1 Congregación para la Educación Católica, Pontificio Consejo de la Cultura, Diócesis de Roma. *La universidad por un nuevo humanismo*. Bogotá: *Universidad de La Sabana*, 2000, pág. 31.



Como en alguna ocasión dijo el inspirador de esta universidad, el Beato Josemaría Escrivá, los intelectuales son como las cumbres con nieve: cuando ésta se deshace, baja el agua que hace fructificar los valles.

El mundo intelectual, la universidad, es un foco importantísimo de cultura, que influye decisivamente en cada uno de los docentes y estudiantes; éstos influyen en sus familias, y éstas, en la sociedad. Por eso, he querido detenerme en comentar el título de este documento: *La universidad por un nuevo humanismo*.

La universidad auténtica, la que busca con honradez intelectual, sin prejuicios ni reduccionismos, la auténtica verdad, tiene obligación de recordarle al mundo ese nuevo humanismo por el que el mundo está clamando.

### 3.

## EL PERFIL CULTURAL DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Pero la Universidad, que por vocación está llamada a representar un papel de primer plano en el desarrollo de la cultura, se ve expuesta a dos riesgos antagónicos: someterse pasivamente a las influencias culturales dominantes o quedar marginada respecto a ellas<sup>2</sup>.

Estas palabras nos sirven para adentrarnos en la primera parte del tema propio de esta ponencia: El perfil cultural de la institución universitaria.

Atendiendo a estas líneas que acabo de citar, nos podemos preguntar: ¿cuáles son las influencias culturales dominantes en estos

momentos a las que se encuentra expuesta la Universidad?

Podríamos responder que, desde el punto de vista cultural, nos encontramos en un periodo de crisis. La cultura que ha predominado en los dos últimos siglos, la *cultura de la Modernidad*, está en crisis. No es nada nuevo. Ya desde comienzos del siglo XX, algunos intelectuales y artistas lanzaron la voz de alarma, que pocos escucharon. Sólo el retumbar de los cañones durante cuatro años, de agosto de 1914 a noviembre de 1918, con sus consecuencias terribles, puso a reflexionar a algunas personas. Una de ellas, Paul Valery, escribiría: *“la tempestad ha sacudido el barco con tal violencia, que las lámparas mejor suspendidas han caído al suelo”*<sup>3</sup>.

Me detengo brevemente para esbozar algunas ideas sobre la Cultura de la Modernidad y la crisis de esta cultura, que van a perfilar el mundo universitario en el que nos movemos.

El siglo XX podría denominarse el siglo de la *crisis de la cultura de la modernidad*. Esa cultura que comienza a echar sus primeras raíces allá por el siglo XIV, cuando Guillermo de Ockham le niega al hombre la posibilidad de conocer la realidad: el hombre, según Ockham, ha de contentarse con las palabras para poder aproximarse a la verdad: tal será el origen del nominalismo.

Esta primera raíz se unirá pronto a otras raíces, a lo largo del siglo XV y XVI, cuando el Renacimiento empiece a darle tal importancia al hombre que, en algunos casos, lo coloque como centro del mundo: el teocentrismo de la Edad Media se convertirá en el antropocentrismo renacentista.

Este hombre que comienza a convertirse en centro del mundo recibirá un espaldarazo con

2 Congregación para la Educación Católica, Pontificio Consejo para los laicos, Pontificio Consejo de la Cultura, *“Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria” PIU, 22-V-1994, pág. 6.*

3 REDONDO, Gonzalo. *Historia universal*, Pamplona: Eunsa, 1984, t. XIII, pág. 29.

la Reforma protestante en el siglo XVI, cuando cada hombre se constituya en el intérprete auténtico de la Verdad revelada en la Sagrada Escritura, cuando se afirme que sólo la fe es necesaria para la salvación: lo único importante es el acto de voluntad humano que conduce al acto de fe.

Estas raíces tomarán nuevo vigor en el siglo XVII, cuando el racionalismo cartesiano y el empirismo anglosajón coloquen, como única fuente de la verdad, a la razón humana en el primer caso, y a la experiencia humana en el segundo.

El siglo XVIII, el “siglo de las luces”, en palabras de los mismos que se denominan ilustrados, recogerá este bagaje cultural, lo amasará, lo cocinará y nos lo ofrecerá con la Ilustración. El Siglo de las luces es el inicio de la nueva cultura: la *cultura de la modernidad*, la cultura de la nueva humanidad, esa humanidad que ha dejado atrás el oscurantismo medieval –como ellos afirman–, en el que el hombre estaba encadenado a Dios.

La libertad y la razón se convierten en los nuevos dioses del hombre: una libertad y una razón que ellos, los ilustrados, entienden a su manera. En su lógica, todo aquello que se oponga a esa libertad o sea contrario a esa razón será malo, y habrá que suprimirlo. Voltaire, uno de los principales difusores de estas ideas, terminará ordinariamente apostillando sus cartas con la misma frase: *écrasez l’infame* (aplastemos al infame), donde el “infame” era la Iglesia Católica<sup>4</sup>, que –según él– le impedía al hombre ser libre y pensar libremente.

El siglo XX puede considerarse como la época de crisis de la cultura de la modernidad<sup>5</sup>.

4 OCÁRIZ BRAÑA, Fernando. *Voltaire: tratado sobre la tolerancia*. Madrid: Magisterio Español, 1979, pág. 47.

5 Lo que desde hace unos años se viene llamando posmodernidad, no parece ser sino un nuevo intento de solucionar la crisis de la

Las ideologías que señorearon la cultura de los siglos XVIII y XIX se vendrán al piso durante el siglo XX, ante una serie de hechos catastróficos que dejarán al *hombre moderno* solo, a la deriva y sin puntos de referencia, hasta el extremo de perder el sentido de su ser, de su existencia y de la realidad.

El hombre moderno había construido buena parte del edificio de la cultura moderna sobre los pilares del materialismo, a espaldas de Dios. Con el transcurrir del tiempo, se quedó deslumbrado al contemplar el fantástico *progreso* que había logrado –la mejora de las condiciones materiales de vida– y se reafirmó en la solidez de los cimientos sobre los que estaba construyendo su cultura, su modo de entender y explicar la realidad.

El progreso material lo llevó al *optimismo*, lo condujo a reafirmarse en su convicción de que la razón y la ciencia experimental son los únicos medios válidos para alcanzar la verdad y el progreso, y transformó la razón en *racionalismo* y la ciencia en *cientificismo*. A estos tres pilares –optimismo, racionalismo y científicismo– añadió otros dos: el *individualismo* y el *colectivismo*, para consolidar la que podríamos llamar la *casa de la cultura de la modernidad*.

Estos cinco pilares –optimismo, racionalismo, científicismo, individualismo y colectivismo–, tendrían en común el *materialismo*: el optimismo moderno sería la alegría materialista; el racionalismo, el materialismo de la razón; el científicismo, el materialismo de la ciencia<sup>6</sup>; el individualismo, el materialismo de la libertad; el colectivismo, el materialismo de la sociabilidad.

cultura de la modernidad. Sin embargo, como suele fundamentarse en los mismos principios ideológicos de la modernidad, por carecer de una visión trascendente de la persona parece estar abocadas al fracaso.

6 LORDA, Juan Luis. *Antropología*. Madrid: Palabra, 1996, págs.18-26.

Estos cinco pilares de la cultura de la modernidad se irán resquebrajando a lo largo del siglo XX, y pondrán en crisis la casa que esta cultura había edificado.

El optimismo que caracterizó el siglo XIX –heredero del optimismo ilustrado del siglo XVIII– y que alcanzó su cenit en la primera década del siglo XX, dando lugar a la llamada *belle époque*; ese optimismo que cifraba la felicidad del hombre en el progreso material, y que los grandes avances de la ciencia y la técnica no hacían sino confirmar, se derrumbó estrepitosamente en el siglo XX. Primero, ante la terrible realidad de las dos guerras mundiales, con sus casi 23 y 55 millones de muertos, respectivamente<sup>7</sup>; después, ante los exterminios sistemáticos del hombre por medio de los genocidios y del aborto. Parecía que se estaba cumpliendo la afirmación de Hobbes: *homo hominis lupus* (el hombre se convierte en un lobo para el hombre).

El racionalismo, la fe única en la Razón, que había sustituido la fe en Dios, había resuelto buena parte de los problemas materiales, pero había fracasado una y otra vez ante los problemas propiamente humanos. La razón se encuentra desorientada ante la realidad de un hombre intrascendente, que no es capaz de conocer quién es, ni el sentido de su vida, que no sabe de dónde viene ni hacia dónde va.

El cientificismo ilustrado y positivista, que se fundamentaba en el mecanicismo determinista para explicar todos los fenómenos naturales, se encontrará, a comienzos del siglo XX, con la teoría cuántica de Planck y con la teoría de la relatividad de Einstein, que afirman que el universo y la naturaleza son impredecibles, poniendo en crisis al cientificismo.

Por otra parte, al comprobar el hombre moderno que los grandes avances de la ciencia y

de la técnica eran utilizados para destruir al hombre mismo, comenzó a desconfiar de la propia ciencia, porque lo que debía ser medio para su progreso se estaba convirtiendo en medio para su muerte y destrucción.

El individualismo, al considerar la libertad individual, libre de cualquier traba, como el bien supremo y absoluto para el hombre, y no como medio para amar y para alcanzar su auténtico fin trascendente, provocará injusticias sociales de tal magnitud, que desconcertarán al hombre moderno.

El colectivismo, al aniquilar la libertad de la persona, ocasionará nuevos desconciertos en el hombre moderno, porque éste contemplará cómo la falta de libertad lo aniquila, lo degrada y le impide conocer la verdad.

En un primer momento, la conciencia de esta crisis afectó de manera casi exclusiva a los intelectuales –filósofos, literatos, historiadores, poetas, etc.–, que tratarán de buscar las causas de ese desmoronamiento de la cultura de la modernidad, orgullo del hombre occidental, para tratar de evitar su destrucción. Sin embargo, la conciencia de esta crisis cultural sólo llegaría a hacerse pública hacia finales de los años sesenta<sup>8</sup>, con las revoluciones estudiantiles y el *jipismo*.

La primera mitad del siglo XX y buena parte de la segunda se van a gastar en buscar las causas de la crisis de la cultura de la modernidad, para tratar de salvarla. Las soluciones irán principalmente en tres direcciones, que podríamos denominar individualista, colectivista y humanista.

El individualismo considerará que la causa de la crisis de la cultura de la modernidad se debe a no haber aplicado radicalmente el prin-

7 REDONDO, Gonzalo. Ob. cit. t. XIII, pág. 27.

8 REDONDO, Gonzalo. Ob. Cit. t. XIII, pág. 15.

cipio básico de la ideología liberal radical: el bien supremo es el bien individual, y para alcanzar ese bien individual es necesaria una *libertad total*; por tanto, para resolver la crisis, habría que instaurar la libertad total y llevarla hasta sus últimas consecuencias. El prototipo y precursor de este pensamiento será Nietzsche cuando proponga como modelo al superhombre: ese hombre libre, que no admite normas y valores más que de sí mismo; normas y valores que él mismo elabora, en ruptura deliberada con los elementos que han venido constituyendo el orden tradicional<sup>9</sup>.

El colectivismo afirmará que la crisis de la cultura de la modernidad se debe principalmente al individualismo salvaje que ha empapado la cultura y la vida del siglo XIX; por tanto, el camino que conducirá a resolver la crisis consistirá en aplicar radicalmente el principio de la ideología colectivista: el bien supremo no es el bien individual, como plantea el individualismo, sino el bien colectivo, al que han de estar supeditados todos los bienes individuales y, principalmente, las libertades individuales.

La visión humanista considerará que la causa de la crisis de la cultura de la modernidad está precisamente en el daño ocasionado por las posturas individualista y colectivista, que han destrozado a la persona humana, rompiendo su unidad y haciéndole perder el sentido de su dignidad y de su responsabilidad; y, al dañar a la persona humana, han ocasionado el deterioro de la sociedad. El remedio humanista para la crisis estaría en frenar el individualismo y el colectivismo, tratando de poner un poco de orden en las ideas y en la conducta de las personas y naciones, procurando conjugar los intereses individuales con los intereses sociales.

Estos tres diagnósticos de las causas de la crisis de la cultura de la modernidad y los re-

medios para solucionar la *enfermedad cultural* de la Edad Contemporánea fueron planteados por las vanguardias intelectuales del siglo XX. Salvo contadas excepciones, individualistas, colectivistas y humanistas parten de una visión intrascendente y simplista de la realidad, al prescindir de Dios o al reducir la persona humana a su aspecto individual o social.

El intento humanista, aunque se acerca más a las verdaderas causas de la crisis de la cultura de la modernidad, y a los remedios para resolverla, no alcanza a vislumbrar la verdadera causa y el verdadero remedio para la crisis, ya que suele ser un humanismo intrascendente: para él, el horizonte de la existencia humana no trasciende la realidad terrena; no tiene en cuenta que la persona humana ha sido creada por Dios y para Dios, y que su auténtico horizonte, la línea donde se unen el cielo con la tierra, está en el corazón del hombre y la mujer, utilizando un símil del beato Josemaría Escrivá<sup>10</sup>.

Los tres caminos –individualismo, colectivismo y humanismo– realizarán un gigantesco esfuerzo por crear el *paraíso en la tierra*, pero, parafraseando a Hölderlin, cuando el hombre quiere crear el paraíso sobre la tierra prescindiendo de Dios, crea un verdadero infierno<sup>11</sup>.

Este no encontrar soluciones satisfactorias a la crisis de la cultura de la modernidad conducirá al hombre moderno a un pesimismo que se irá tornando, poco a poco, en escepticismo, para desembocar en relativismo e indiferentismo. Se manifestará en la preocupación por el presente –el pasado y el futuro no cuentan–; y el sentido del presente sólo lo da el tener. La búsqueda del tener explica, en cierto modo, fenómenos sociales actuales como el consumismo, el hedonismo, la drogadicción.

10 ESCRIVÁ, Josemaría. *Amar al mundo apasionadamente*. Pamplona, 8-X-1967

11 HERMET, Guy. *Totalitarismos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991, pág. 279.

9 *Ibidem*, pág. 15.

La cultura de la Modernidad transformó al *homo sapiens* de la Edad Media en *homo faber* y en *homo habens*: el hombre sabio de la Edad Media, que busca y ama la verdad, consciente de que la Verdad suprema es Dios, y en Él encuentra el sentido de su existencia y la del mundo creado y, por tanto, la felicidad, dejará paso al *homo faber*, el hombre que se realiza, que trata de encontrar el sentido de su existencia haciendo cosas desenfundadamente, para terminar por convertirse en *homo habens*, el hombre que se realiza, que trata de encontrar el sentido de su vida, poseyendo.

Este *homo habens* se encuentra en una búsqueda continua, porque la felicidad para él —el tener— se le escapa de continuo, al no colmar su deseo innato de felicidad infinita; en cuanto tiene lo que pretendía, debe buscar la posesión de otra cosa en la que considera que sí encontrará satisfacción a su deseo de felicidad. Es, por tanto, una búsqueda continua, que nunca le satisface, porque todo lo material es limitado, y sus ansias de felicidad son infinitas.

Estos trazos sobre la cultura de la modernidad y su crisis quieren enmarcar el ámbito actual del mundo contemporáneo, en el que nos encontramos inmersos todos nosotros como personas, y en el que se encuentra inmersa la universidad.

Tratando de perfilar un bosquejo de la situación actual de la institución universitaria, podemos encontrar luces y sombras.

De una parte:

- una gran difusión de la educación superior en todo el mundo;
- los grandes avances técnicos facilitan hoy en día las comunicaciones entre los distintos centros universitarios del mundo y permiten acceder a bibliotecas y archivos que anteriormente eran inaccesibles o muy difíciles de utilizar;

- los grandes avances técnicos permiten difundir hoy con facilidad los nuevos descubrimientos y adelantos de las ciencias;
- la tolerancia ha hecho posible olvidar las violentas controversias universitarias de otros momentos, fundamentadas en las ideologías de moda;
- el ansia de verdad que se alcanza a entrever en el corazón de los jóvenes universitarios es un motivo de segura esperanza.

De otra parte:

- un *escepticismo* ante la posibilidad de conocer verdades objetivas se ha generalizado en el ámbito universitario y lo ha llenado de penumbras: “se nota una difundida desconfianza hacia las afirmaciones globales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es el resultado del consenso y no de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva”<sup>12</sup>;
- esas penumbras se manifiestan en *relativismo* hacia la verdad, que bien resume la frase: “nada es verdad y nada es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira”.
- este relativismo ha fomentado el *individualismo* dentro de la institución universitaria, entorpeciendo el diálogo interdisciplinar, tan importante en esta vida;
- el *cientificismo* y el *tecnicismo* han arrinconado, cuando no abandonado, las ciencias humanas y la ciencia de la fe en la Universidad;
- el *economicismo* ha relegado la tarea universitaria y la profesión educativa a ser ocupaciones de segundo orden;

---

12 Juan Pablo II. *Fides et ratio*, n. 56.

- la *superespecialización*, necesaria hoy para el éxito profesional, lleva con frecuencia a la fragmentación del saber y a la pérdida de visión universal.

#### 4.

### EL COMPROMISO DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA CON LA VERDAD

En esta atmósfera enrarecida, la universidad puede adoptar tres posturas: dejarse arrastrar por la crisis cultural, cerrar los ojos ante ella, y vivir al margen, o tratar de influir positivamente para resolver esa crisis cultural.

Y cuando hablamos de la universidad, nos estamos refiriendo a esa *universitas magistrum et scholarium*, esa comunidad de personas constituida por maestros y alumnos y vinculada por una comunidad de saberes (*universitas scientiarum*)<sup>13</sup>, como recoge, en su primeras líneas, el *Proyecto Educativo Institucional* de la Universidad de La Sabana.

Y en esa comunidad de profesores y alumnos, a los profesores nos corresponde una tarea especialmente importante, porque tarea específica de la universidad y, por tanto, del profesor universitario es la búsqueda de la verdad, que exige de cada uno de nosotros un compromiso personal, que podríamos resumir como apertura a la verdad, búsqueda de la verdad, profundización en la verdad, y difusión de la verdad.

Apertura a la verdad quiere decir estar abiertos a la verdad sobre Dios, a la verdad sobre la persona humana y a la verdad sobre el mundo creado.

Apertura a la verdad quiere decir no quedarnos enclaustrados en alguno de estos tres campos de la verdad, prescindiendo de los otros, porque estos tres aspectos de la realidad están íntimamente ligados, y no se pueden separar sin reducir el ámbito de la verdad o deformar la misma verdad.

Apertura a la verdad quiere decir no despreciar o menospreciar las ciencias humanas, porque las ciencias naturales tienen su razón de ser en cuanto están al servicio de la persona humana y, a través de la persona humana, al servicio de Dios. Es éste un peligro desgraciadamente frecuente en el mundo actual. Un índice de esto lo podemos ver en ese *boom*, entre los universitarios, de las carreras técnicas y en ese desprecio o menosprecio, en el mundo de las ciencias aplicadas y de la educación, por las humanidades.

Apertura a la verdad quiere decir suprimir prejuicios ante la fe, sabedores de que fe y razón no se contraponen sino que se complementan mutuamente; una y otra buscan la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo creado<sup>14</sup>. Agustín de Hipona –San Agustín–, uno de los más grandes pensadores de la humanidad, resumió esto en una frase lapidaria: *credo ut intellegam, intellego ut credam* (creo para conocer y conozco para creer).

Búsqueda de la verdad quiere decir estudio, dedicación seria al estudio de la ciencia que cada uno cultive profesionalmente, sin conformismos cómodos y con humildad intelectual, porque nunca agotaremos el conocimiento de la propia ciencia, y en ocasiones deberemos rectificar nuestros planteamientos. En palabras de Juan Pablo II, “el necio se engaña pensando que conoce muchas cosas, pero en realidad no es capaz de fijar la mirada sobre las esenciales”<sup>15</sup>.

13 DEL PORTILLO, Álvaro. *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*. Pamplona: Eunsa, 1993, pág. 19.

14 Juan Pablo II. *Fides et ratio*, n. 16.

15 *Ibidem*, n. 18.

Profundización en la verdad quiere decir investigación, para impulsar el conocimiento de la verdad en la propia ciencia. “Es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos”<sup>16</sup>.

Difusión de la verdad quiere decir poner en práctica ese espíritu de servicio –que debería ser sustrato de toda actividad humana y, de modo particular, de la actividad universitaria–, que se manifiesta en dar a conocer, a través de la docencia, de las publicaciones y de las conversaciones, los hallazgos logrados en el ámbito de la propia ciencia, sin pretender quedarnos con conocimientos para uso personal, que nos levanten por encima de los demás.

Difusión de la verdad quiere decir colocar a los discípulos a la misma altura de nuestros conocimientos, para que puedan acercarse a la verdad desde el mismo lugar a donde nosotros hemos llegado.

## CONCLUSIÓN

El reto que se nos plantea es ambicioso: humanizar el mundo. Pero humanizar el mundo exige de nuestra parte un compromiso con la

verdad sobre el mundo creado, con la verdad sobre el hombre y con la verdad sobre Dios, conscientes de que sólo un humanismo trascendente; un humanismo que tenga en cuenta que el origen del hombre y su destino están en Dios, será la respuesta adecuada a ese nuevo humanismo que el mundo necesita. Ese humanismo trascendente es el humanismo cristiano, donde encontramos a Aquel que dijo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*, esa Verdad con mayúscula, que nos hace libres.

Termino leyendo unas palabras del inspirador de esta universidad, el beato Josemaría Escrivá:

Salvarán este mundo nuestro –permitid que lo recuerde–, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos. Un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio<sup>17</sup>. ■

16 *Ibidem*, n. 56.

17 ESCRIVÁ, Josemaría. *El compromiso de la verdad*, Discurso pronunciado el 9-V-1974: cfr. *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*. Pamplona: Eunsa, 1993, pág. 108.

